

presenta, el centro de la vida cristiana, la fuente de la cual fluye la gracia, que mantiene a los miembros de la Iglesia en la paz y en la unidad. No quiere esto decir que desconozcamos el valor de la presencia real y que nos olvidemos de adorar a Cristo en el Santísimo Sacramento. La devoción eucarística así entendida ha sido siempre recomendada por la Iglesia, y es evidentemente un gran motivo de consuelos y bendiciones; pero, como dice Santo Tomás, debemos siempre colocar las cosas en su sitio y darles la jerarquía que les corresponde. Tratando de la Eucaristía tenemos tres aspectos diferentes: el sacrificio, la Comunión y la presencia real. ¿Cuál de los tres es el más importante? ¿En qué orden debemos colocarlos?

Son muchos los fieles para quienes lo primero de todo es la presencia real; después viene la Comunión, y si piensan acaso en el sacrificio, le colocan en último lugar. Y no obstante, el aspecto sacrificial de la Eucaristía es el primero y más importante; es el acontecimiento más sublime que se ha realizado en el mundo; es el acto más noble, la manifestación suprema de nuestra vida religiosa. Como parte de él, y relacionada esencialmente con él, la Comunión es una consecuencia suya; y como una consecuencia debe ser considerada la Presencia Real. Esta es la escala de valores; éste es el orden; y si insistimos en él no es para apartar a los fieles de la devoción a Cristo Sacramentado, sino para aumentar la que deben tener al sacrificio de la Misa. El orden es tan necesario para la vida religiosa como para la vida natural; del orden, del equilibrio, de la armonía procede la salud, la del cuerpo y la del alma.

INDIVIDUALISMO RELIGIOSO

Las dos siguientes oraciones se refieren de una manera más directa a la Comunión; aluden a sus efectos: a las riquezas con que adorna a los amigos de Cristo, a las consecuencias terribles que traería el sacrilegio, el escarnio a la

entrega más completa del Amor. ¡Oh la unión estupenda! ¿Y podría romperse algún día? Sintiendo su debilidad, el alma reza confiadamente: «Líbrame por este tu Cuerpo sacrosanto y por tu Sangre de todo mal, y haz que, atado siempre por tus mandamientos, nunca me aparte de Ti».

Observemos una cosa: estas oraciones hablan en singular; el yo ha reemplazado al nosotros. ¿Es esto otro indicio de su época tardía? No está prohibida la oración personal, pero los primeros cristianos preferían rezar en común, y en esto no hacían más que seguir la enseñanza y el ejemplo de Cristo. La Iglesia ha introducido aquí estas oraciones, en una época en que iba haciéndose rara la Comunión frecuente y cuando el sacerdote era casi siempre el único que comulgaba; pero también ella prefiere la oración común, y mira con desconfianza las manifestaciones del individualismo; con desconfianza y también con cierta conmiseración, porque un individualista no puede llegar a penetrar plenamente el espíritu de Cristo. El individualista está solo, reza solo, piensa ante todo en sus intereses y en sus necesidades. Es un solitario, para quien la religión no es otra cosa que la relación entre Dios y él. ¿Cómo va a comprender el contenido de la Misa? ¿Cómo podrá tener una idea exacta de lo que es la Comunión? ¿Cómo llegará a discernir el sentido del beso de la paz? Nada de cuanto se refiere a los demás tiene interés para él. Quiere vivir su soledad, con la cabeza hundida entre las manos, con los ojos cerrados, con los sentidos ajenos a lo que pasa en torno suyo. Y sin embargo, Cristo pronunció estas palabras: «Cuando dos o tres de vosotros estuviéreis reunidos en mi nombre, allí estoy Yo, en medio de ellos». A esa oración aislada prefiere El la oración común. Dos o tres, por lo menos, lo suficiente para sentirse miembro de una comunidad. Pero el cristiano tiene una comunidad más vasta, de la cual es miembro. Su comunidad es la parroquia, o mejor, la Iglesia, cuerpo místico de